



Presentación del libro “Yo soy... Mujeres familiares de detenidos desaparecidos de Paine” de Carolina Maillard y Gloria Ochoa

Gloria Elgueta Pinto¹
24 de mayo, 2014

Junto con agradecer la oportunidad de compartir con todos y todas ustedes el lanzamiento de esta obra, quisiera comenzar destacando su importancia: “Yo soy...” contribuye a saldar una deuda respecto al conocimiento de este episodio histórico invisibilizado y desconocido en toda su dimensión y alcances. Destacar además el doble esfuerzo de elaboración de las autoras para dar cuenta de sus implicancias políticas y sociales, así como también de aquellos aspectos más personales, relacionados con el espacio familiar, los cuales fueron trabajados a través de las entrevistas y del valioso material documental que se acompaña.

Antes de comentar algunos de los aspectos e ideas a destacar de la obra, quisiera hacer una precisión necesaria respecto al lugar desde donde realizo este comentario. Aclarar que esta no es una lectura externa a las vivencias relatadas sino que está estrechamente unida a ellas. En 1974, cuando poco se sabía de las historias narradas por las autoras, y mientras yo realizaba gestiones similares a las que se describen en el libro por mi hermano Martín, detenido desaparecido, tuve oportunidad de conocer lo sucedido en Paine e Isla de Maipo. Aunque la realidad de la represión de aquellos años me era ya cercana y conocida, el relato me impactó profundamente.

Al leer este libro experimenté un impacto similar y, más allá de las múltiples diferencias entre unas y otras experiencias, la narración de cada familiar y las descripciones de las autoras me resultaron intensamente conocidas: la búsqueda, la incertidumbre, el horror, la burla, el silencio, el vacío social, la ausencia presente, la inconcebible e increíble esperanza. La impotencia. Pero también, la resistencia y porfía. La lucha.

Por esta razón, estas palabras se sitúan en el espacio de una experiencia común. Desde allí, quisiera relevar algunos aspectos especialmente destacables del texto, entre ellos: la densidad de la experiencia vivida, su impacto social, la relación entre lo público y lo privado, el rol de las mujeres, y los trabajos asociados al ejercicio de la memoria.

En primer lugar, hay que decir que esta experiencia es especialmente *densa* y dura porque reúne todos los agravios, violencias y atropellos conocidos e imaginados, perpetrados desde el Estado, con la activa complicidad, e incluso protagonismo, de sectores de la sociedad que se involucraron en la represión como una forma de revancha. La ausencia de verdad y justicia, la impunidad después de décadas y la condena a convivir con los victimarios, son formas de continuidad de los primeros crímenes y agravios y el resultado de acciones y omisiones del Estado que, una vez más, no habrían sido posibles sin el silencio y la complicidad de muchos.

¹ Gloria es Licenciada y candidata a magister en Filosofía. Trabaja en la Dibam y es miembro de Londres 38, espacio de memorias. Su experiencia laboral está vinculada a la gestión de proyectos culturales y patrimoniales. También es Codirectora de Tiempo Robado Editoras.



Esto, que puede parecer evidente, no ha sido reconocido suficientemente ya que, con excesiva frecuencia, se pretende relegar estos hechos al pasado, ignorando su porfiada actualidad a través de la persistencia de sus efectos y de sus continuidades en el presente.

En segundo lugar, el libro muestra que el impacto de la represión no se limitó a las personas directamente reprimidas, sino que tuvo un alcance que probablemente aún no ha sido determinado de manera completa. Como afirman las autoras, los cambios brutales que produjo se manifestaron en “la vida cotidiana de muchas personas, en la reconfiguración de los vínculos y roles familiares y en las relaciones sociales y comunitarias”, y no sólo en el terror que generó. En el caso de Paine, “estas relaciones se vieron afectadas por una suerte de restitución de un orden social anterior, que los campesinos de la zona habían desafiado”. Como se señala en el texto, citando a Andrés Aylwin, “primero fue el asesinato, después el despojo!”. Uno no habría sido posible sin el otro. El terror desarmó y cortó los vínculos que se habían tejido a lo largo de décadas de lucha y organización. Ejemplo de ello son los datos que entregan las autoras sobre la impresionante reducción del número de trabajadores agrícolas sindicalizados en el país que, en sólo 10 años (entre 1972 y 1983), pasó de más de 300 mil afiliados a apenas 21 mil.

Este tema parece particularmente relevante en nuestro presente, cuando las grandes movilizaciones sociales de los últimos años han puesto de manifiesto la estrecha relación entre el terrorismo de Estado y las transformaciones de la economía, el Estado y la sociedad impuestas por la dictadura, las cuales hoy nuevos actores sociales buscan revertir.

En tercer lugar, las autoras muestran cómo lo que se vivió inicialmente como un tema privado, de la familia, transitó desde “la lógica del afecto, del encuentro de aquellos que viven una experiencia común” a una experiencia, finalmente, política. Al salir al espacio público que hasta entonces les era ajeno, para denunciar, preguntar y demandar justicia, las mujeres desafiaron a un régimen que no toleraba la más leve expresión de descontento. Ni hablar de resistencia. En ese proceso, fueron rechazadas e incluso amenazadas por la autoridad debido al carácter político que le atribuían a sus demandas: defender las vidas de sus seres queridos, saber de sus destinos. El rechazo y la descalificación de una demanda tan básica cambiaron su propia visión de lo político.

El libro también releva el protagonismo de las mujeres como sujetos de experiencias complejas en escenarios familiares en los que tuvieron que asumir nuevas responsabilidades y obligaciones, junto a la defensa de sus familiares, la demanda de verdad y justicia, el testimonio y, más recientemente, las acciones asociadas a diversas expresiones de memorialización.



En medio de esos procesos, la represión dirigida contra toda una comunidad fue quedando finalmente “encapsulada” en el ámbito privado de las familias de las víctimas asesinadas o hechas desaparecer. Esto, señalan las autoras, conllevó la atribución de legitimidad “a cierto grupo de personas por sobre otro, para conformar un relato de lo ocurrido y para interpelar a la sociedad en relación a ese hecho”.

Cabe preguntarnos si ese encapsulamiento no ha significado también la delegación, por parte del resto de la sociedad, de la responsabilidad social de transmisión y elaboración de la memoria y del diálogo intergeneracional sobre el pasado, en ese grupo de familias, produciendo una suerte de privatización de un acontecimiento histórico que, de distintas maneras, afectó a todos.

Este sigue siendo un desafío pendiente. Por ello, también deberíamos preguntarnos cómo promover un compromiso social más amplio con la memoria, la verdad y la justicia que involucre a toda la sociedad, que vaya más allá de aquellos a los que se ha denominado como “directamente afectados”.

Por otra parte, este libro es interesante desde un punto de vista metodológico por el enfoque de las autoras al proponerse “superar el testimonio individual e indagar en una situación colectiva del relato”, intentando ir más allá del testimonio sobre la búsqueda y la denuncia centrado en lo que pasó, para relevar lo que cada una de ellas y todas juntas vivieron. Así, el trabajo de entrevista y conversación que dio origen a este libro parece haber desencadenado un verdadero ejercicio de memoria, de construcción social de lo vivido en el espacio de la comunidad de mujeres constituida a partir del terror estatal. Tal vez, esta sección del texto pudo haberse desarrollado y extendido más, ya que las páginas dedicadas se hacen pocas para dar cuenta de la intensidad de estas vivencias.

Finalmente, los trabajos de la memoria y las acciones derivadas que se relatan en el libro, como el memorial de Paine, el Complejo habitacional José Calderón, y el Muro de la memoria, entre otras iniciativas, muestran que la experiencia relatada es más que la acción de sobreponerse y resistir en la urgencia. Es lo que las autoras definen como la “doble dimensión de la memoria en términos de continuadora de identidad y de constructora de identidad”.

Respecto a esta dimensión constructiva de la memoria se podría decir que en Paine las madres, esposas, hijas y hermanas de las víctimas han sido capaces de *productivizar* el horror, transformándolo para hacer de lo vivido una experiencia transmisible. En este empeño, el libro muestra cómo la creatividad colectiva y la capacidad para trabajar en comunidad parecen haber sido recursos claves a la hora de la acción.